



MADRID

Por fin se ha celebrado la corrida de Beneficencia. Pero no se crea que está por ello satisfecho el Madrid taurino. Nunca se ha podido decir con más propiedad (tarde y con daño). Muy tarde ha venido esa fiesta solemne, y con daño notorio de la afición, pues salvo el aliciente de los caballeros en plaza, la gran corrida no ha pasado de una mala novillada. Entre novilleros, ó poco menos, ha andado el juego, y desde el punto de vista mercantil, la cosa ha sido un verdadero fracaso. Para que todo esté en relación, el cartel anunciador de la fiesta es de lo peor que hemos visto, muy inferior, por de contado, á los que de talleres de Valencia ó de Zaragoza salen para otras fiestas análogas.

Esto no es ciertamente una novedad. Madrid va á la cola de España en todo lo que sea arte y modernización. El movimiento artístico de Barcelona es muy superior y mucho más progresivo que el de Madrid. En muchas capitales de provincias hay círculos donde se puede hablar de literatura y de ciencia mucho mejor que en el Ateneo de la Corte. Por esto el que sale de Madrid con el propósito de no continuar en distinto escenario la comedia madrileña, marcha de asombro en asombro al descubrir ideas y preocupaciones desconocidas en Madrid, y un saludable desprecio, cuando no verdadero odio, contra esta frivolidad desvergonzada y esta miseria moral sin recato que priva entre nosotros.

Pero volvamos á nuestra corrida de Beneficencia, y declaremos que la Beneficencia ha quedado corrida, salvo el mejor parecer de la Diputación Provincial que ha *mangoneado* en la fiesta. La miseria madrileña no recibirá limosna alguna, sino más bien un espectáculo de iniquidad que puede enojarla contra la sociedad que no acierta á remediarla.

Si los recursos que á título de Beneficencia usufructúan las Diputaciones Provinciales no sirvieran para que se los repartiesen como botín de la batalla política unos cuantos señores; si honrada é inteligentemente administrados se aplicasen á hacer el bien á los menesterosos, es seguro que la miseria no alcanzaría en nuestra patria las proporciones aterradoras á que ha llegado, ni se habría complicado, y esta es la más negra, con una profunda indignación que nos reserva muchas amarguras y hondos sobresaltos. Malo es el infantilismo de la desgraciada que busca en el delito el remedio de su falta; pero aún es peor fiar el fruto infelicitísimo de ésta á una de esas Diputaciones provinciales que no pagan á las amas de cría.

Y este año precisamente se nos prepara un invierno terrible para los pobres y, por ende, para la tranquilidad social. La baja constante que se ofrece en la recaudación de los impuestos fundamentales, en las contribuciones territorial é industrial, demuestra cuán á lo hondo de la riqueza española ha llegado el estrago de la guerra. La guerra ha terminado; pero su estrago durará años y años, todos los necesarios para restañar la profunda herida. Por esto al contingente que todos los inviernos arroja el campo á las ciudades, se unirá este año la muchedumbre ociosa de las fábricas cerradas y los restos del Ejército repatriado.

Y al mismo tiempo escasearán las obras en que puedan entretenerse esos brazos y hallar pan esos estómagos. El Estado no dispondrá de medios para esos gastos que siempre hemos considerado los últimos, y los particulares que tengan numerario disponible no sentirán la tranquilidad necesaria ni la fe en el porvenir, indispensable para acometer cualquier empresa.

Por lo que se refiere á Madrid el caso reviste mayor gravedad, por la mayor resonancia que la capital del Reino

presta á todo lo que en ella ocurre. ¿Qué planes hay para afrontar esa tormenta de hambre? Planes muchos; pero ninguno se ve en vías de realización. He perdido ya la cuenta de las reformas anunciadas desde que acabó el pasado invierno, y todas siguen en proyecto. Ahora mismo, en estos días, ha circulado por la prensa uno de excepcional interés, tanto por lo que embellecería á Madrid, cuanto por la mucha gente á que podría dar empleo y vida.

Me refiero á la prolongación y ensanche de la calle de Preciados, para tener una comunicación en línea recta con la Plaza de Leganitos, por donde se tendría acceso á los barrios de Pozas y Argüelles. Grandes plazas, anchas calles, y, por aditamento, la desaparición de muchos de los infectos callejones que median entre la de Leganitos y la Ancha de San Bernardo. Se reformaría también la calle de Jacometrezo y sus adyacentes. Cójase un plano de Madrid, y se convencerá todo el mundo de la importancia que para Madrid tiene el proyecto; pero...

Ya verán ustedes cómo no pasa de tal. Si el conde de Romanones lograse vencer los obstáculos de puro trámite que se suscita á toda iniciativa, ¿qué importaría si todo hace sospechar que pronto vendrá una nueva situación política con un nuevo alcalde que eche patas arriba la obra de su antecesor, no porque sea mala ó buena, sino porque no es suya?

Y así iremos tirando hasta que lleguen los apuros y las protestas de los hambrientos, y entonces se establecerá ese banderín de enganche para obreros que es una de las grandes vergüenzas de Madrid. Se dan dos ó tres mil jornales de seis reales, y todas las semanas se cambia el personal para que todos vayan turnando en el disfrute del mendrugo que irrita en vez de calmar la necesidad. Unos cuantos miles de duros á la calle y nada útil, nada que quede para embellecimiento y prosperidad de Madrid.

¿Hasta cuándo durará el sistema?

Juan SIN TIERRA

VISPERA DE ÁNIMAS

Vamos al camposanto
que a la campana
le harán tocar á muerto
desde mañana.

Allá el silencio mudo
preso reposa,
sólo la paz existe
bajo la losa.

¡Losa mortuoria
que oprime á un tiempo orgullo,
miseria y gloriol!

Fatal, terrible sino
del cementerio
que todo lo revuelve
con el misterio;
fósforo que no brilla,
fuego apagado,
nervios que ya no ceden,
genio domado
de tal manera,
que mañana tan solo
va á oler á cera.

Arriba el fuego fatuo
persiste y dura,
y á la paz del sepulcro
se le conjura.

Que los restos errantes
de sérs muertos,
dicen en las tinieblas
que están despiertos,
y de esta suerte,
nos parece que sueña
la misma muerte.

¿Cuando acaba la vida
su cruda guerra
—pues que la vida es lucha
sobre la tierra—
si al ir buscando vagas
sombrias *in mente*
vemos la luz que brilla
fosforescente?
Ese misterio
se queda entre las tapias
del cementerio.

Santiago Díaz GIL